

**Valeria Grinberg Pla**

**Sobre *El Caribe y sus diásporas. Cartografía de saberes y prácticas culturales*,  
de Anja Bandau y Martha Zapata Galindo**

Bowling Green State University, EE.UU.

[vgrinb@bgsu.edu](mailto:vgrinb@bgsu.edu)

En septiembre de 2001, Sergio Ramírez publicó en *El País* una breve reflexión sobre los espacios y sujetos del Caribe motivada a raíz de la muerte del escritor brasileño Jorge Amado. En dicha ocasión Ramírez sostuvo que:

Las fronteras del Caribe son móviles, están donde está ese mestizaje creativo que se multiplica tanto en islas como en tierra firme. Las islas de Derek Walcott que la golondrina negra se está llevando siempre de regreso hacia África. Es un territorio cultural hecho con la música más rítmica y más sentimental del mundo, con las religiones sincréticas que visten a los santos africanos con mantos y coronas de santos católicos. Un territorio que es una invención constante de la literatura, de las lenguas, de las artes culinarias. En ese territorio puede ser que llueva café en el campo, como canta el dominicano Juan Luis Guerra. Y también cocina allí, desde una mecedora, aquel viejo sureño Teófilo McCaslin, personaje de *Desciende, Moisés* que bien podría ser un Buendía, porque también William Faulkner es un escritor del Caribe: Yoknapatawpha por el norte, Macondo por el sur, el Mississippi y el Magdalena, ríos desbordados del Caribe, como el Orinoco de Rómulo Gallegos. (s.p.).

Con estas palabras, el escritor nicaragüense no sólo propone una definición muy amplia del Caribe, sino también una conceptualización anclada en lo cultural (las literaturas, las lenguas, las religiones, las cocinas, las músicas), como clave de una región que se extiende más allá de sus

fronteras geopolíticas para desdibujarse en la abarcadora sentencia que sirve de título a la nota en cuestión: “El Caribe somos todos”. En el año 2004, durante el congreso de LASA (Latin American Studies Association) en Las Vegas, en un tono francamente celebratorio, Sergio Ramírez retomó este tema en su conferencia plenaria, para proponer que la caribeñidad ha marcado las expresiones culturales en las Américas desde la obra del mencionado Faulkner hasta los tangos de Carlos Gardel en la cuenca del Río de la Plata. Aquí Ramírez llama la atención sobre la repetición del Caribe más allá de sus fronteras geográficas, sugiriendo de este modo que los procesos de creolización constitutivos de las identidades caribeñas marcan las producciones culturales a lo largo y ancho del continente americano. Sin duda es sugerente, y provocadora, esta propuesta de pensar el Caribe (y no Europa) como el centro de las prácticas culturales latino y angloamericanas, pero el riesgo implícito en semejante generalización, “el Caribe somos todos”, consiste en alejarnos de las coordenadas específicas de la circulación de individuos, saberes, prácticas y bienes materiales a partir de las cuales, a lo largo de la historia los sujetos han articulado múltiples identidades caribeñas ancladas en *su* experiencia con la (memoria de la) plantación, la esclavitud, y las múltiples diásporas (en referencia a la clásica definición de Antonio Benítez Rojo) articulada por “el tambor, el ritmo y el movimiento” (Quintero Rivera 14).

La colección de ensayos reunidos en el volumen *El Caribe y sus diásporas. Cartografía de saberes y prácticas culturales*, editada por Anja Bandau y Martha Zapata Galindo, aborda esta cuestión desde el lugar opuesto: desde la materialidad de los intercambios culturales, de las migraciones (tanto intracaribeñas como entre el Caribe y otras regiones en las que se incluyen las viejas metrópolis), de la circulación de saberes y prácticas y de sujetos migrantes, todo lo cual pone en cuestión la insularidad de la región Caribe al tiempo que visibiliza las limitaciones de las nociones modernas de pertenencia nacional y regional para mostrar cómo las múltiples diásporas han contribuido a diversas reconfiguraciones de las identidades caribeñas en espacios transregionales y transnacionales.

Uno de los logros más notables del volumen es, por tanto, la exploración de la geopolítica del Caribe desde un punto de vista, histórico, social y cultural que pone en evidencia los puntos de llegada y partida así como las estaciones de relé desde, hacia y a través de los cuales han circulado los sujetos, saberes y producciones culturales de la región. El resultado es, literalmente, una cartografía sociocultural que invita a una exploración en profundidad del Caribe en sus múltiples dimensiones a través de los distintos capítulos que componen el libro. La propuesta de las editoras de mostrar que la región se constituye precisamente a través de la circulación de prácticas, sujetos y saberes más allá de fronteras lingüísticas y de los límites geográficos del Caribe propiamente dicho, “como un espacio transregional que se entrecruza con espacios nacionales, posnacionales y hemisféricos” (10) se traduce en un volumen que despliega esa noción transareal, transcultural y multilingüe del Caribe por medio de sus contribuciones, las cuales abarcan: Puerto Rico y Estados Unidos (Jorge Duany), la República Dominicana y los Estados Unidos (Néstor E. Rodríguez), Centroamérica y las West Indies (George Yúdice, Luis Pulido Ritter), Trinidad, Haití y Canadá (Jessica Gevers), Surinam y Holanda (Ineke Phaf-Rheinberger), Cuba y Europa (Christina Wegener), Martinica, Trinidad y Cuba (Marie-José Nzungou-Tayo), el Caribe anglófono y Londres (Simone Denter), Haití, Cuba, Francia, Trinidad y Estados Unidos (Anja Bandau), y Cuba y París (Christoph Singler). Cabe destacar que los autores del volumen no entienden las migraciones culturales entre estos espacios de manera unilateral o como un movimiento de ida y vuelta, sino de manera circular, fragmentada y compleja, a partir de la noción de diáspora, lo que le da al conjunto de ensayos una coherencia conceptual no muy habitual en colecciones misceláneas. Así, *El Caribe y sus diásporas. Cartografía de saberes y prácticas culturales* ofrece un mapa de esta región en permanente movimiento y en contacto con otras a través de fronteras lingüísticas y culturales que es tan innovadora como sugerente.

En el capítulo titulado “Movimientos del saber – Políticas del saber. Esbozo de una epistemología política de la globalización” que estratégicamente sigue a la introducción del volumen, Susanne Lettow y Martha Zapata Galindo parten de un entendimiento de la

globalización como un fenómeno inherente a la expansión del capitalismo y la imposición moderna desde fines del siglo XV para indagar en las implicaciones del colonialismo tanto en las formas de circulación de saber sobre el Caribe como sobre el régimen epistemológico que las ha determinado históricamente más allá de la época colonial propiamente dicha, constituyendo a Occidente como único sujeto productor viable de conocimiento/verdad no sólo sobre la región caribeña. Desde una crítica a esa colonialidad del poder que ha deslegitimado a los sujetos (pos)coloniales como productores de saber, las autoras insisten en la importancia de la epistemología histórica para entender qué sujetos y formas de saber (sobre el Caribe) se han vuelto hegemónicas, cuáles han sido marginalizadas y, finalmente, qué saberes contrahegemónicos han sido articulados desde las múltiples localizaciones del Caribe. Es en este contexto que enfatizan la importancia de estudiar “las transformaciones geopolíticas del espacio” (39) proveyendo, de este modo, una sólida fundamentación teórico-crítica al proyecto del libro como “cartografía de saberes y prácticas culturales” del Caribe y sus diásporas. En consecuencia, los once capítulos temáticos que componen el volumen pueden leerse como estudios y análisis concretos en el marco de un mismo horizonte interpretativo que permite localizar y comprender las configuraciones hegemónicas y contrahegemónicas del saber producto de las múltiples diásporas caribeñas a lo largo de la historia. Algunas de estas aproximaciones parten de los estudios culturales y otras de las ciencias sociales, lo que constituye otro punto fuerte de la antología.

Por ser esta una reseña para *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, sólo voy a discutir en detalle los dos capítulos dedicados a Centroamérica porque tienen un interés especial para nuestro público lector. Por cierto, su mera inclusión en un libro dedicado al Caribe es de por sí una invitación a repensar las fronteras geográficas del mismo.

En “The Central American Caribbean: Rethinking Regional and National Imaginaries”, George Yúdice parte de estudios previos que señalan la inadecuación del discurso identitario de la nación mestiza en Centroamérica, el cual históricamente ha invisibilizado al Caribe

centroamericano como región o ha incorporado las subjetividades de la región (afrodescendientes, chinos, migrantes) al imaginario nacional como subalternos (tal y como ocurre en las novelas bananeras) para enfocarse en producciones culturales de los años noventa que trascienden dicho discurso. Yúdice se interesa por la capacidad del cine, la literatura y la música para articular un sentido de comunidad en la diversidad más acorde con la dialéctica de dispersión y regularidad que caracteriza las identidades caribeñas según Antonio Benítez Rojo, lo que a su vez permite describir más apropiadamente las poblaciones del Caribe centroamericano. En este contexto, destaca la importancia de novelas como *Limón blues* de Anacristina Rossi y *La flota negra* de Yazmín Ross para representar la diversidad del Caribe centroamericano, aunque considera que, por cuestiones de circulación y distribución, la música tiene más potencial que la literatura a la hora de influir en los imaginarios sociales. A mi entender, otra cuestión que también valdría la pena preguntar en el marco de este proyecto es hasta qué punto las identidades afrocaribeñas son representadas como sujetos y no objetos del conocimiento/discurso en las obras literarias, musicales o cinematográficas que dan cuenta de su existencia y diversidad. En efecto, hay una gran diferencia entre la mirada de/hacia la experiencia afrocostarricense en un film como *Caribe* de Esteban Ramírez y las novelas arriba citadas, que tiene que ver precisamente con la posibilidad o no de posicionar el Caribe como categoría epistemológica.

Por su parte, Luis Pulido Ritter dedica su capítulo, titulado “El Canal de Panamá: Fragmentación e intercambio en la diáspora caribeña”, a reflexionar sobre la doble invisibilidad, como realidad social y como objeto de estudio académico, de la población afrocaribeña en Panamá, pese a la centralidad de su presencia e impacto. Esta invisibilización se debe, nos explica, a la preeminencia de un concepto romántico de la nacionalidad, ciego hacia sujetos cuyas producciones culturales excedan los límites de un imaginario que dicta: una nación = una cultura = una lengua. Así, importantes novelas canaleras como *Tropic Death* de Eric Walrond y *Banana Bottom* de Claude McKay han sido ignoradas por el canon literario panameño. Del mismo modo, el escritor y crítico panameño residente en Berlín nota que, aunque en épocas recientes ha habido estudios dedicados a la obra de autores afropanameños como Carlos Guillermo Wilson y Gerardo

Maloney, aún hacen falta estudios comparados de la producción en inglés y en español o incluso en francés de autores afrodescendientes o no, publicados en Jamaica, Barbados, Panamá, otro lugar del Caribe o los Estados Unidos, cuya obra dé cuenta del impacto del Canal de Panamá en las configuraciones identitarias, sociopolíticas y culturales de la región. En su revisión de los pocos estudios existentes sobre autores afrocaribeños como el mencionado McKay, Pulido Ritter ha podido observar que el impacto que la experiencia migratoria y urbana en torno al Canal que tanto ha impactado su obra no ha sido tomada en cuenta por los críticos. Y lo mismo ocurre desde la perspectiva de la crítica panameña, que casi no ha prestado atención a los aportes de los *West Indians* al imaginario de Panamá. En sus palabras: “el Colon/Panama Man era una figura inevitable en la configuración de esas representaciones narrativas [del Canal], pero tratada al margen como en el caso de Jamaica o negada y distorsionada como en el caso de Panamá” (123). Es muy interesante este señalamiento de que no sólo desde el nacionalismo panameño se han ignorado las contribuciones de los afrocaribeños a la realidad literaria de Panamá, sino que lo mismo ocurre en el contexto de la crítica abocada a la literatura jamaicana o del *Black Atlantic* en general, que no ha dado suficiente importancia a la migración antillana al Canal y su consecuente impacto en las representaciones literarias. Por ello, lo que este autor propone es investigar las transformaciones simbólicas de la memoria de la plantación para los sujetos del Caribe en el contexto de la migración al Canal de Panamá, experiencia marcada por una transnacionalidad que ha impedido –hasta muy recientemente– su debido estudio.

Para finalizar, quisiera resaltar que todos los ensayos incluidos en *El Caribe y sus diásporas. Cartografía de saberes y prácticas culturales* contribuyen de manera significativa a un mapeo de la región que trasciende conceptos románticos de nacionalidad, territorialidad y pertenencia. El resultado es un volumen relevante y necesario para todo estudioso de cualquier área del Caribe, pues una cosa queda clara: no se puede entender la caribeñidad de manera aislada, pues se trata de una región que se ha constituido a través de sus constantes y complejas diásporas, las cuales vinculan las diversas áreas del Caribe entre sí y con otras áreas fuera de la región geográfica propiamente dicha. De esta configuración surgen asimismo formas de saber

que, más allá de su valor identitario, permiten revisar las ontologías y epistemologías ancladas en la colonialidad del poder, y son fundamentales por lo que dicen del aporte del Caribe al mundo como sujeto –y no objeto– de conocimiento.

Bandau, Anja, y Martha Zapata Galindo. *El Caribe y sus diásporas. Cartografía de saberes y prácticas culturales*. Madrid: Verbum, 2011. 315 pp.

### **Obras citadas**

Quintero Rivera, Ángel. *¡Salsa, sabor y control! Sociología de la música “tropical”*. 2da. ed. México: Siglo XXI, 1999.

Ramírez, Sergio. “El Caribe somos todos”. *El País* 4 de setiembre de 2001. <[http://elpais.com/diario/2001/09/04/opinion/999554411\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2001/09/04/opinion/999554411_850215.html)> (8 de enero de 2015).